AMOR QUE FLORECE

(Viene de la página 17)

contra los barrotes, sosteniendo cerca de su garganta la bata que la cubría, y cerca de ella, la horrenda y trágica figura de Ismael, el jorobado.

—¡La justicia! —exclamó el Judas con un gesto de burla—. ¿cree usted en la justicia?

¡Cómo lloraba, cómo gritaba su impotente protesta la voz del jorobado al pronunciar la palabra "justicia"!

La maestra sintió que algo en ella recogía aquella queja del hombre, hasta sentirla en su propia carne.

—¿Cuándo se le ha hecho a usted justicia? —continuó el Judas—. ¿No ha vivido usted atropellada y víctima de las injusticias?

Clara tuvo deseos de gritar que sí, que aquello era verdad; quiso en ese momento unir su protesta a la del hombre jorobado y trágico, pero dominándose murmuró:

—Ese es asunto mío, Ismael.

—Y un poco mío, señorita Clara, porque he tomado parte en esas injusticias.

—¿Pretende repararlas con esto que está haciendo ahora? —preguntó Clara.

El Judas suspiró. Un suspiro lento y desgarrado, como si al surgir de su cuerpo deforme encontrara dificultad.

—No —dijo—, ni justificarme tampoco ... aunque, si yo quisiera, podría explicarle a usted por qué hice lo que hice ... pero ... tengo miedo.

—¿De qué?

El Judas dió un paso hacia la cama. Su alma torturada, deformada también como su cuerpo, se asomó a sus ojos.

—De que se ría usted —contestó.

—¡No se acerque! —exclamó a su pesar Clara, al ver al hombre al lado de ella.

El Judas se quedó quieto, mirándola.

—Si no le hago nada, señorita ... ni la toco siquiera ... Eso sí que me daría miedo, que se riera usted de mí ... y se reiría ... ¡Palabra que se reiría si yo le dijera por qué a veces me he portado tan mal con usted! ¡Y eso no! ¡Que se ría usted, no! ¡Que se burlen todos! ¡Que me llamen el Judas! ¡Que esta joroba y estas piernas torcidas y esta cara sean la risa de todo el mundo, pero de usted, no, señorita Clara.

La voz del hombre había ido subiendo en intensidad, aunque no hablaba más fuerte. La voz se hacía más desgarrada, más llena de tragedia, más parte de él mismo ... Su boca, torcida en un gesto de dolor inconmensurable, teñía de amargura la voz ya desgarrada.

Horrorizada, no del hombre, sino de su tragedia, la maestra escuchaba con sus claros ojos muy abiertos. El Judas siguió:

—¿Usted cree que yo siempre fuí el bufón de un cacique? ¿Que tengo alma de bufón y de asesino? ¡No! Tengo cuerpo de bufón y ese cuerpo acabó por forjarme el alma de asesino ... Porque a la primera injusticia que sufrí, la de esta carne, siguieron todas las injusticias de que los hombres me hicieron víctima ... ¿Y cree usted que es a la justicia a la que yo tengo que contar por qué maté a ese hombre?

Un intenso escalofrío recorrió el cuerpo de la maestra. Durante unos segundos no pudo hablar. Su voz estaba estrangulada, no en la garganta, sino en su mismo corazón oprimido por las palabras del Judas. Cuando por fin habló, la voz de Clara ya no era fría, ni horrorizada, venía cálida, del corazón.

—¿Por qué lo mató?

—Para quitarle estas cartas, que son de usted, señorita Clara —respondió sencillamente.

Sin atreverse a dar un paso más hacia la maestra, el jorobado le tendió las cartas.

Clara pensó que traían la sangre de Enrique Riveroll ... y se sintió incapaz de tocarlas.

—No puedo —dijo.

—Son suyas —insistió el jorobado—, son las que usted le escribió y que él guardaba para comprometerla ... Pero ya no podrá hacerlo. Ya no podrá disponer de usted, porque ... porque ha habido quien la salve. ¡Tenga las cartas, son suyas, señorita Clara!

Clara permanecía inmóvil, su espalda pegada contra los barrotes de la cama, embargados sus brazos por una extraña rigidez. El viendo que ella no tomaba las cartas, las dejó caer sobre una silla.

—No se las quité a traición —explicó—. Fué cara a cara, de hombre a hombre. Lo había estado escuchando toda la noche en casa de Gonzalo ... Contó su historia con usted ... lo contó todo ...

Clara hizo intención de hablar, pero el Judas pareció no darse cuenta ... Ya no la miraba. Parecía estar mirando hacia adentro, como si en su interior llevara grabada la escena que recordaba.

—Habló de las cartas —siguió diciendo—, de éstas ... dijo que usted se iría con él porque no tendría más remedio que hacer lo que él quisiera ... y entonces Gonzalo le pidió las cartas para utilizarlas contra usted, para que la echaran de la escuela ... fué cuando hicieron el trato.

—¿El trato? —repitió Clara.

—Sí. El forastero dijo que se las daría a Gonzalo a condición de que le quitara de en medio al único que le estorbaba: el escribiente.

—¿Y acordaron semejante infamia?

El Judas se rió.

—Con Gonazlo se llega a cualquier acuerdo —miró a Clara otra vez, pero ya sin risa, sin

